

Centenario del fin de la guerra de secesión

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

En abril de 1965 se cumple el primer centenario del fin de la Guerra de Secesión, que enfrentó a los Estados del Sur de los Estados Unidos contra los del Norte en una conflagración que duró cuatro años.

Esta contienda tuvo como principal motivo la libertad de los esclavos negros, problema de gran contenido emocional (cuyo rescoldo aún no se ha apagado, como podemos verlo en la discriminación racial de aquel país) que se agravaba debido al hecho de que los sureños basaban su economía agrícola en la explotación de los esclavos en las grandes plantaciones de algodón y consideraban que la liberación de los negros sería golpe definitivo para sus riquezas.

La cabaña del Tío Tom, el libro escrito por Harriet Beecher Stowe en que en forma conmovedora se hablaba de la vida de los esclavos, acrecentó el interés de los partidarios de acabar con esta afrenta a los principios cristianos, así como el movimiento encabezado por John Brown quien, nuevo Espartaco, trató de liberar a los negros empleando la fuerza, habiendo sido sentenciado a muerte por tal causa.

Todo confluía a que la guerra civil fuera inevitable. Los esclavos huían a los Estados Unidos anti-esclavistas, donde obtenían la libertad. La lucha por lograr que los nuevos Estados que entraban a hacer parte de la Unión Americana fuesen esclavistas o anti-esclavistas, enardecía los ánimos. En medio de la tormenta que se avecinaba, se eligió Presidente de los Estados Unidos a uno de los hombres más grandes que esa democracia ha dado: Abraham Lincoln, cuyo pensamiento podría sintetizarse en las palabras bíblicas que pronunció durante su campaña presidencial: "Una casa dividida contra ella misma no puede perdurar. Yo creo que el gobierno no puede seguir permanentemente mitad esclavo y mitad libre".

Al poco tiempo de su elección, los Estados del Sur se separaron, formando la Confederación de Estados de América, bajo la presidencia de Jefferson Davis y comenzó la terrible tragedia que ensangrentó a la gran nación en lucha fratricida.

Al morir Abraham Lincoln, durante una representación en el Teatro Ford de Washington, el país seguía en llamas pero ya la victoria estaba asegurada para el Norte, que no solamente tenía de su parte la razón sino un poderío industrial más grande y una población cuatro veces superior a la del Sur.

Para los colombianos, lo que tan amarga y sangrientamente se habría de resolver en Norte América, fue solucionado más de diez años antes, el 1º de enero de 1852, por el entonces Presidente de la República y prócer de la independencia don José Hilario López, acto que lo inmortalizó ante la historia y lo hace digno de la gratitud de las nuevas generaciones.

* * *

Tuve ocasión, en mis tiempos de estudiante en la Universidad de Harvard, en Boston, de tener en mis manos el original de un documento interesante: la orden de rendición dada por el comandante en jefe de las tropas sureñas general Roberto E. Lee a sus soldados y cuya traducción, exactamente un siglo después, juzgo que ha de llamar la atención de quien la lea.

El escrito, que traduje directamente del autógrafo original, dice así:

“Cuartel General A.N. Va. 10 de abril de 1865.

Orden general N° 9.

Después de cuatro años de arduo servicio marcado por insuperable coraje y fortaleza, el Ejército de la Virginia del Norte ha sido compelido a rendirse ante el poder del número y de los recursos.

No necesito decir a los bravos sobrevivientes de tantas duras batallas que han permanecido firmes hasta lo último, que he consentido este resultado por no desconfiar de ellos.

Pero sintiendo que el valor y devoción no podrían producir nada que pudiera compensar las pérdidas sufridas, he decidido abandonar todo sacrificio inútil de aquellos que por sus pasados servicios se han hecho al aprecio de sus compatriotas.

Por los términos de un acuerdo, oficiales y soldados pueden retornar a sus hogares y permanecer (nota: la palabra que sigue aquí “hasta” está reemplazando la palabra “sin” que fue tachada), hasta ser canjeados. Lleven con ustedes la satisfacción del deber cumplido, y yo fervorosamente pediré al Dios misericordioso que extienda sobre ustedes sus bendiciones y protección. Con inextinguible admiración por su constancia y devoción por su país y recordando con gratitud sus bondades y generosa conducta para conmigo, les envío un afectuoso adiós.

R. E. LEE, Gral.”

La poseedora de este documento es una distinguida dama sureña, de Virginia: Mrs. Este Carter Holt Leavell, esposa del doctor Hugh R. Leavell,

autor de un importante libro sobre *Medicina preventiva*, ex-director de las labores de la UNRA en Europa y, por entonces, profesor de la Escuela de Salud Pública de Harvard.

Los Leavell vivían en Cambridge, ciudad separada de Boston por el Charles River. En Cambridge, donde también se halla la parte más antigua de la Universidad de Harvard, que fue fundada en el siglo XVI.

La vieja casa en que vivían, conserva la acogedora tradición de la Nueva Inglaterra. Era una tarde de invierno. Un día, con mi esposa, charlábamos en casa de los Leavell y la conversación recayó en la guerra de secesión y el legendario valor del general Lee, cuya memoria aún se evoca con veneración en el sur de los Estados Unidos.

Como hablábamos del general Lee y de la guerra, Mrs. Leavell, mostrándonos el manuscrito —que en lugar preferente de la sala tenía enmarcado— nos contó su patética historia.

Era la última orden del general Lee, que este donó como recuerdo a la abuela de la dueña de casa, quien nació cuando la guerra fratricida incendiaba su patria y cuando su padre, general de confianza de Lee, se hallaba en prisión, después de haber visto perdida toda su fortuna.

El documento, un papel amarillento, escrito a mano por el general Lee, conserva todavía los orificios de los alfileres con que el mensajero que lo llevaba lo cosía a la camisa para no perderlo, mientras hacía el largo recorrido en busca de cada uno de los comandantes de las tropas, diseminados en un inmenso territorio, cortado en varias partes por las avanzadas de los enemigos.

La última palabra, el adiós con que se despide el general derrotado de sus soldados, es la palabra *Farewell*... de difícil traducción a nuestro idioma, por su hondo significado, por la nostalgia que encierra y por la desoladora impresión de la final despedida y del triunfo inalcanzable.